

Bienvenidos todos y gracias por haber tenido la amabilidad de acercaros hoy hasta el Círculo.

Represento en este acto a Andrés Gastey, a quien puedo decir que conozco bien.

Ha escrito un libro que me parece notable por muchos conceptos.

No voy a juzgar aquí sus cualidades novelescas o literarias, que de eso hablará, sin duda con elocuencia y espero que con generosidad, Elvira. Lo que a mí me toca, por encargo de esta abnegada y benemérita editorial de La Discreta Academia, a la que la cultura española contemporánea tanto debe, es enjuiciar el libro desde la óptica del kremlinólogo. Pero antes tengo que explicaros qué es eso de la kremlinología.

La kremlinología era una profesión hermosa. Lo que sucede es que, como tantas otras, ha desaparecido. Del mismo modo que ya no se ven por Madrid aguadores portando cántaros, afiladores que hagan sonar sus caramillos, serenos blandiendo sus chuzos con gracejo o arrieros conduciendo recuas de acémilas, tampoco se ve ya a ningún kremlinólogo suelto.

A decir verdad, en España no éramos muchos. El maestro de muchos de nosotros fue Francisco Eguiagaray, un falangista con pretensiones intelectuales y conspicuo miembro del SEU en los cincuenta, reconvertido luego a corresponsal de Radiotelevisión Española para Europa del Este, con sede en Viena. Era un hombre serio que nos comentaba las noticias no sólo del Pravda o de las Izvestia, sino también de periódicos llamados Trybuna Ludu, de Varsovia; Adevarul, de Bucarest; o Rude Pravo, de Praga. Se refería a una toponimia envuelta en la leyenda: la Plaza Roja, sede de impresionantes liturgias revolucionarias; los Urales, donde la metalurgia se esforzaba por cumplir con puntualidad el plan quinquenal; o las llanuras del Don o el Kubán, donde las cosechas de grano se medían en centenares de millones de toneladas. Nos enseñaba un vocabulario de palabras exóticas y sonoras, como presídium, stajanovismo, gulag o koljosiano.

Siguiendo su preclaro ejemplo y guía, los kremlinólogos nos dedicábamos a interpretar el mundo político arcano del socialismo real. Las fotografías, trucadas o no, de la tribuna de autoridades sobre el mausoleo de Lenin en los desfiles del primero de mayo y los discursos plúmbeos de los gerontócratas encerraban mensajes cifrados que sólo nosotros éramos capaces de desentrañar. Sobre la base de esos indicios escondidos,

sabíamos deducir en cada momento qué figuras ascendían imparablemente en el Partido y cuáles habían caído en desgracia.

Bueno; pues todo esto se ha acabado. Se han extinguido la profesión de kremlinólogo, la visión alternativa del mundo en que se fundaba y el lenguaje que esta visión alternativa alumbró.

Y es que todos los que estamos aquí hemos tenido el raro privilegio de asistir en vida al final de una civilización. Del Egipto de los faraones apenas nos quedan restos arqueológicos, impresionantes pero desnudos, y ha desaparecido su sistema de creencias, su tecnología y su idioma. Del mismo modo, ha desaparecido de la faz de la tierra una civilización completa, la del socialismo soviético.

Esta especie de pérdida irreparable de biodiversidad, de catástrofe ecológica, ha dado lugar a un debate sobre sus causas que no está cerrado. El mismo hecho de que esta extinción haya sido en realidad una catástrofe es objeto de controversia.

A estas alturas del partido, yo diría que es difícil refutar la idea de que con la caída de la Unión Soviética avanzó la causa de la libertad en el mundo. Dicho esto, no deja de estremecer el hecho de que varias generaciones enteras de rusos nacieron, vivieron y murieron en un mundo que ya no existe; que muchos de ellos fueron felices en su mediocridad; otros alcanzaron existencias dignas y plenas; algunos, fueron firmes en su compromiso con el sistema político que estimaban el mejor posible; otros, inquebrantables en su lucha contra las injusticias que el mismo sistema generaba. Con el paso del tiempo, cada vez nos resultará más difícil comprender cuáles fueron los hilos que movieron las vidas de unos y otros.

Y es aquí donde, como kremlinólogo, estimo que estriba el valor de la novela que hoy nos ha congregado.

Lo que yo creo que el autor ha pretendido al escribirla es dejar un testimonio directo de los últimos episodios de esa civilización extinta, del momento histórico que, como se dice ahora, anunciaba el principio del fin de una era.

El libro está bien documentado; abrumadoramente documentado, yo diría. Cualquiera que haya vivido en la Rusia de antes de la perestroika reconocerá paisajes, personajes y actitudes. Y quien no haya estado antes allí tendrá, gracias al libro, la ocasión de conocerlos.

Con esta novela, Andrés Gastey se revela, pues, como uno de los últimos kremlinólogos. Podría, tal vez, habernos endilgado otro ensayo sesudo y francamente aburrido sobre el fin de la historia y otras zarandajas; ha preferido, a mi juicio con buen criterio, movernos a la reflexión a través de la sonrisa, de una leve trama policíaca protagonizada por su gordito inspector Gutiérrez, que le sirve, además, para poner verdes a unos y otros.

El libro tiene, por supuesto, otros ingredientes. Hay no poca música: la banda sonora incluye a James Taylor, con su inmortal “Calahorra in my mind”; a cantautores de la resistencia intelectual, como Bulat Okudzhava o Vladímir Visotsky, un Geroges Brassens antisistema sublimado por el vodka; la “Natalie” de Gilbert Bécaud; la séptima de Shostakóvich; la megaestrella de los tiempos brezhnevianos Alla Pugachova; incluso a Julio Iglesias; y hay una pizca de Gómez de la Serna, algún préstamo de Valle y de Machado, varios cameos desquiciados, cierta dosis de intertextualidad leniniana, una baraja española, litros y litros de alcohol... Agítese todo ello en una coctelera grande y se obtiene el extraño artefacto que ha pergeñado Andrés Gastey.

El autor de la novela es, me consta, refractario a este tipo de actos, por una timidez no exenta de cierta vanidad y porque no les ve una utilidad clara. Por eso, sé que a él, hombre pragmático, le haría ilusión que esta ocasión sirva para ilustración y provecho de todos los que os habéis tomado la molestia de venir hasta aquí, y me ha encomendado que, sin enrollarme demasiado, os dé una pequeña clase de ruso.

No hay que asustarse. El punto de partida es que todos sabéis más ruso del que creéis. Vamos a usar solo cuatro palabras. Tres es seguro que las conocéis: “niet”, que es no; y los títulos de los dos periódicos más importantes que hubo en la Unión Soviética, el Pravda y las Izvestia. “Pravda” quiere decir en ruso “verdad”; “izvestia”, noticias. La cuarta palabra que usaremos en la lección de hoy, en rigor la única nueva, es “V”, que es una de las maneras en que en ruso se traduce la preposición “en”.

Lo mejor que dio la URSS fueron los disidentes, intelectuales de verdadera talla moral, como el Andréi Dmítrievich Sájarov al que rinde homenaje la última página del libro. La disidencia tenía, desde luego, sus colosos éticos, sus grandes figuras de compromiso individual insobornable; pero, en la época retratada por el libro, ya cerca del fin, la disidencia era también un estado de ánimo bastante difundido, en el que el humor y la ironía desempeñaban un papel determinante. El humor ha sido siempre un espacio de subversión letal para las dictaduras. Por eso y jugando con el nombre de los dos diarios, se popularizó en Rusia el dicho “V Pravde net izvestii, a V

Izvestiaj net pravdi”: “En la verdad no hay noticias, y en las noticias no hay verdad”.

Para desentrañar las entretelas de esta broma, para que no se olviden toda la historia, el sufrimiento y los anhelos que explican que se llegase a idear semejante frase es para lo que este “Gutiérrez y el Imperio del Mal” resulta un libro imprescindible.

Spasivo bolshoie, muchas gracias.